

Profesor y político

A Carlos Ollero le gustaba recordar que él era coetáneo del Conde de Barcelona, una de sus grandes lealtades políticas e históricas. En realidad era algo mayor que Don Juan, y de año distinto, pero sólo se llevaban unos meses. Los fieles de Don Juan y amigos de Ollero hemos venido a perder en el mismo año, al Padre del Rey y al que fuera su fiel consejero y parlamentario constituyente de 1977, como senador designado por Don Juan Carlos.

Por azares de la vida de sus padres, el profesor Ollero había nacido en la Tierra de Campos, en Carrión de los Condes, provincia de Palencia. Pero se consideraba con todo derecho sevillano, por ascendencia familiar y por su personal biografía, igual que todos los numerosos Ollero de su estirpe: todos de la Cofradía de la Amargura y puntuales, salvo fuerza mayor —que tenía que ser muy grande—, a la cita anual del Domingo de Ramos en San Juan de la Palma. Sevilla y la Virgen de la Amargura fueron otras de sus grandes y profundas lealtades y vivencias espirituales y humanas.

El profesor Ollero ha sido uno de los más notables constitucionalistas españoles de su generación: Catedrático de Derecho Político en las Universidades de Barcelona y Madrid, Académico de Ciencias Morales y Políticas, fundador del Instituto de Estudios Políticos y

autor de numerosas obras de Derecho Constitucional y Ciencias Política, tanto manuales como monografías y asiduo colaborador de los principales periódicos durante muchos años y con importantes artículos, muchos de los cuales merecerían ser recogidos en publicaciones más duraderas. Recuerdo particularmente los que escribió en el diario «Madrid» del quinquenio 66-71, cuando lo dirigía yo.

Pero de todos los aspectos de la personalidad del profesor Ollero yo querría destacar en esta nota de urgencia unos puntos que me parecen especialmente dignos de recordación. Uno, quizá poco conocido, es el de los estudios que elaboró para el Conde de Barcelona y lo que entonces se llamaba «la causa monárquica». Ollero trabajó durante años en asidua relación con García Valdecasas y Gamero del Castillo, elaborando informes sobre la situación política y los problemas constitucionales con que se iba a encontrar la Monarquía que, sin duda, ejercieron notable influencia en las declaraciones públicas del depositario de la Corona y en la configuración de lo que muy bien se podría llamar la renovación del pensamiento monárquico español. Además, personalmente, con su peculiar simpatía y buen hacer social, atrajo al contacto y a las relaciones con la Corona y los monárquicos a un importante sector de tradición republicana y socialista.

La cátedra de Ollero y sus funciones en el Instituto y en la Revista de Estudios Políticos fueron especialmente fecundos. Eran espacios abiertos y para muchos jóvenes independientes e inconformistas, y para otros no pocos que estaban en marcada oposición al Régimen imperante, un lugar de trabajo particularmente cómodo en donde se respiraba un clima de libertad intelectual e ideológica, que entonces no se encontraba fácilmente en otros sitios.

Ollero fue también uno de los más brillantes ingenios del mundo académico y político español. Ocurrente y socarrón, siempre sin herir, era dueño de un humor agudo y culto.

Ollero fue un hombre de vastísimas lecturas literarias, sobre las que sabía reflexionar como un filósofo de la cultura, del pensamiento y de la vida. Yo sólo he conocido, por ejemplo, una persona que supiera de Balzac tanto como él, y se trata de un escritor balzaciano de renombre, pero de París.

Carlos Ollero será recordado por colegas, correligionarios y discípulos. Pero también hay que decir ya que habrá que contar con lo que él ha publicado —y quizá con lo que queda inédito—, para hacer la historia de la ciencia y de la vida política española de estos últimos cincuenta años.

Antonio FONTÁN